

Nuestras voces



LOS DESAFÍOS DE LA UNIVERSIDAD Y LA AUTONOMÍA

JOSÉ NARRO ROBLES

Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Buenas tardes tengan todas y todos ustedes.

Señor presidente de la UDUAL y muy apreciados colegas de la mesa que preside, esta última sesión de nuestro foro.

Muchas gracias a todos ustedes por persistir en el empeño de llegar hasta el final y de acompañarnos en esta sesión. Probablemente, la prudencia aconsejaría que fuera lo más breve posible, he tratado de suprimir algunos párrafos pero, al mismo tiempo, quiero no sólo cumplir con el encargo, la responsabilidad que tomé, sino aprovechar este espacio para hacer algunos comentarios.

Y quiero empezar la presentación, después de que en estos dos días se han abordado, de manera muy detallada, probablemente los temas más importantes sobre la autonomía: antecedentes, desarrollo, historia, alcances, situación actual, retos, perspectivas, para tratar de enmarcar esto que hemos visto en el gran marco de lo que está pasando en México, por una parte, en nuestra región, por otro lado y, por supuesto, lo que está pasando en el mundo.

Al respecto quisiera compartir con ustedes un par de puntos de vista. Hay una expresión de inconformidad que se extiende, hay un fantasma que recorre el mundo y que no es el que se anticipó hace más de 150 años, es el fantasma del malestar, es el fantasma de

la inconformidad, es el fantasma de la indignación en muchos sentidos.

Y el día de hoy, precisamente, al revisar el pie de una fotografía, en un periódico de circulación nacional, leí una frase de los sectores españoles que se han expresado o se están expresando en aquella nación, que reza así: "si ustedes no nos dejan soñar, nosotros no los dejaremos dormir". A mí me sonó amenazante, a mí me sonó fuerte y a mí me sonó como muy real, porque soy de los que piensan que a este mundo actual le hace falta la posibilidad de que la gente pueda plantear los anhelos o utopías, que pueda permitir, sobre todo a los jóvenes, plantear sus sueños y sus ilusiones.

Y que, al mismo tiempo, se acompaña esa demanda con una advertencia de las cosas que pueden llegar a suceder. Y cómo no va a ser así si soy de los que creen que cuando la esperanza se agota, las válvulas que pueden permitir el escape de las presiones sociales acumuladas para transitar de manera civilizada en los procesos de cambio y transformación, también se acaban; se acaba la esperanza, se agota esa esperanza y se acaban esas posibles vías de cambio y evolución.

Y cómo no va a ser así, si cuando uno revisa lo que nos ha estado pasando consistentemente, a veces en México, a veces en nuestra región y más recientemente

en el mundo, las crisis financieras sistemáticamente lo que producen son pobres, a partir de las clases medias, y sectores miserables, a partir de los sectores que antes de esas crisis vivían en condiciones de pobreza.

Y en cambio, a quienes con frecuencia tienen responsabilidad directa en la producción de las crisis financieras, el riesgo que corren es que a través de la especulación se incrementen sus fortunas. No es frecuente leer de la quiebra de individuos, poderosos económicamente, si a veces sus empresas dejan en el desempleo a las personas.

Creo que si actuamos con responsabilidad tenemos que ubicar lo que hemos estado

discutiendo estos dos días, en un marco que está lleno de incertidumbre y, por supuesto, no le toca a las instituciones de educación superior asumir la responsabilidad, sino de lo que la sociedad les ha encargado.

Y parte de lo que nos ha encargado, a las instituciones de educación superior, nuestra sociedad, nuestras sociedades, tiene que ver con nuestras tres tareas fundamentales: la formación de recursos humanos de alto nivel y con gran calidad, y me referiré más adelante a este concepto de calidad, por una parte; el desarrollo de conocimiento, de nuevo conocimiento sobre los problemas que le atañen a las sociedades y, sobre los asuntos de interés universal y, por supuesto, la difusión de la cultura, la extensión del trabajo de los universitarios.

En la lectura del documento que voy a hacer, me referiré a los desafíos que tiene la autonomía pero, de manera muy especial, enmarcando esos desafíos en los

retos que tienen nuestras instituciones. La universidad y su autonomía son inseparables, son irrenunciables y no se pueden entender una sin la otra, hoy en día.

Por eso, insisto, voy a hacer una descripción de algunos de estos retos pero, también quiero plantear esos retos en medio de lo que pasa con la población a la que debemos nuestro esfuerzo, la de los jóvenes universitarios en nuestra

región.

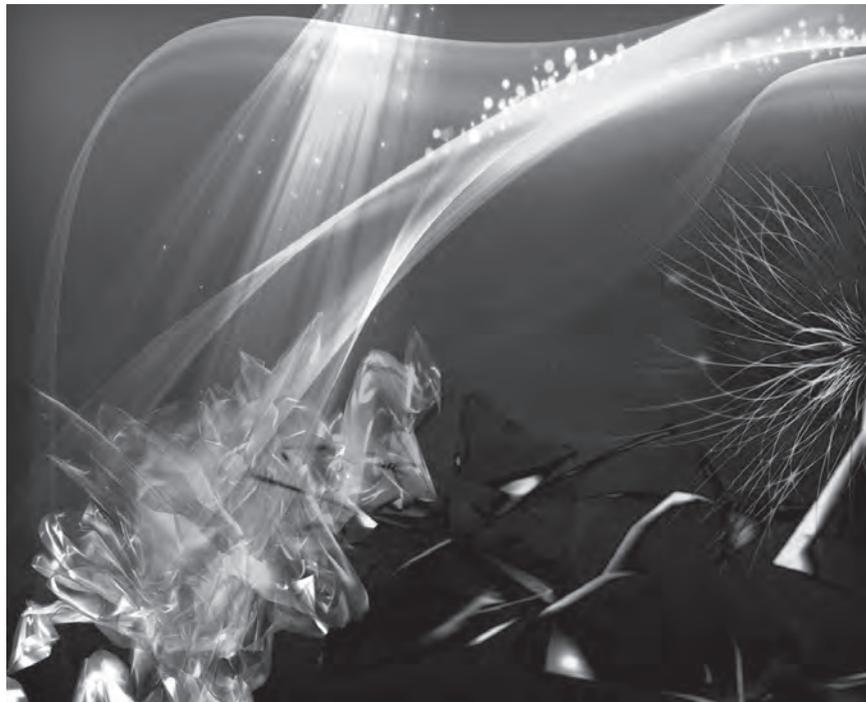
América Latina tiene, en la actualidad, la mayor población de jóvenes de la historia, según cifras recientes son más de 106 millones los latinoamericanos que tienen entre 15 y 24 años de edad. Sin embargo, esta condición va a cam-

biar, va a transformarse. Las proyecciones indican que a partir de 2015, en cuatro años más, empezará la reducción de la proporción de jóvenes en nuestra región.

En el periodo de 1970 a 1974, la población juvenil creció el 18 por ciento pero, entre 2000 y 2004, sólo aumentó 3.9 por ciento y en este último quinquenio, se estimó que sólo crecería en 1.8 por ciento.

Para 2007, según la Organización Internacional del Trabajo, de esos más de 100 millones de jóvenes, había en nuestra región 22 millones, poco más del 21 por ciento, 22 millones, que no trabajan ni estudian, la mayoría de ellos perteneciente a los sectores, por supuesto, más empobrecidos de la sociedad.

Con respecto al empleo, la OIT señaló en su estudio, que del total de esos 106 millones, sólo 17 millones de jóvenes tienen un empleo calificado como decente, mientras 31 millones laboran en empleos precarios, esto es, sin



seguridad social. Diez millones están desempleados y 48 millones inactivos, esto es, ni tienen ni buscan empleo.

Podemos decir que en nuestra región uno de cada cuatro jóvenes, de entre 15 y 24 años de edad, están fuera, tanto del sistema educativo, como del mercado de trabajo, lo que favorece, sin duda, su exclusión económica y social.

La escolaridad mínima para superar la línea de pobreza de nuestra región son 12 años, es decir, los jóvenes latinoamericanos requieren estudios de educación media superior completos para salir o para no caer o estar mejor protegidos para no caer en la pobreza.

Sin embargo, entre el 30 y el 50 por ciento de los mismos no los concluye. Más aún, entre los jóvenes pobres, menos de un tercio termina este nivel de preparación y sólo uno de cada 100, la educación superior.

Por otra parte, vivimos una realidad muy dolorosa, configurada por el hecho de que 3.1 millones de jóvenes latinoamericanos, de entre 15 y 24 años de edad, son analfabetos.

Con respecto a la pobreza, 47.5 millones de jóvenes, de entre 15 y 24 años, vivían, hace apenas unos años, en esa situación y más de 11 millones de esos 47 y medio, se encontraban en condiciones de pobreza extrema.

No puede dejar de reconocerse que se han logrado avances en muchas áreas: educación, empleo, salud e, incluso, ingreso de los jóvenes pero, estas cifras que acabo de dar, nos hablan de lo mucho que tenemos que hacer, todavía, al respecto.

Como señalaba, las universidades de América Latina, sobre todo las del sector público, desempeñan un papel central en el desarrollo de la región y, sobre todo, en el progreso de nuestros jóvenes, quienes, gracias a ellas, tienen con frecuencia mejores posibilidades de tener un nivel de vida más digno y adecuado.

Pero nuestras universidades viven otros desafíos: la cobertura, el reto de la certidumbre presupuestal, el de la investigación, la innovación tecnológica, la innovación con los sectores productivos, el de la calidad y el de la internacionalización, entre varios otros. Me voy a referir brevemente a algunos de ellos.

El primer reto que tenemos es el de la cobertura. De nuevo, hemos tenido avances importantes, ya que la cobertura de los jóvenes en cursar estudios superiores, entre 1999 y 2008, se incrementó del 21 al 38 por ciento; es más, hay países en la región que en ese lapso duplicaron o más que duplicaron su cobertura, según los datos del informe más reciente de la UNESCO, por ejemplo, Paraguay, Brasil o Venezuela, con incrementos del más del cien por ciento de la cobertura.

Sin embargo, el promedio de 38 por ciento para la región está muy por debajo del que corresponde a otras regiones del mundo: América del Norte o Europa Occidental, Europa Central u Oriental que, en todos los casos, alcanzan de dos tercios para arriba.

Lo que podemos afirmar es que en el promedio de nuestra región la mayoría de los jóvenes en edad de cursar estudios universitarios no pueden hacerlo. La falta de acceso a la educación superior se traduce, entre otras consecuencias, en un mecanismo de transmisión y mantenimiento de la pobreza y la desigualdad social y, por supuesto, en la persistencia del subdesarrollo económico.

Conviene no obviar un hecho: el que la pirámide que caracterizaba al sistema educativo en la mayoría de los países a mediados y a finales del siglo pasado, está cambiando aceleradamente en los países con mayor nivel de desarrollo.

La tendencia, en muchos países en el mundo, es que la educación superior sea para todos y adquiera condición de cobertura universal. Me refiero en todos los casos a datos de cobertura cruda o bruta, tasas crudas o brutas de cobertura pero que de alguna manera nos ejemplifica lo que nos está pasando.

Algunos casos: Corea del Sur es uno de los países que más ha invertido en educación, ciencia y tecnología en los últimos 50 años, de manera sistemática, sostenida, lo que hace que hoy ese país tenga una cobertura bruta de educación superior del 95 por ciento. Finlandia, haciendo un esfuerzo extraordinario, alcanza 94 por ciento; Estados Unidos, el 82, y Nueva Zelanda y Dinamarca alcanzan ya cifras por arriba del 80 por ciento.

Con frecuencia hemos escuchado y estamos viviendo, como región, esa situación, que vivimos dentro de la transición demográfica, este bono demográfico, esta ventana de oportunidad que ofrece la caracterización de la población.

Si queremos, de verdad, en nuestra región y en nuestros países, aprovechar esa condición, la inversión en educación y, en particular, en educación superior, se vuelve clave.

Con respecto al financiamiento, las universidades públicas se encuentran entre las instituciones frecuentemente más afectadas por las crisis financieras recurrentes y sus consecuencias negativas. La reducción del subsidio y una serie de críticas que, con frecuencia, acompañan a esa reducción.

La crítica por el tamaño, por la supuesta o real baja eficiencia, por los niveles de abandono de la población, de una población escolar con frecuencia procedente de núcleos socioeconómicos con muchas carencias, a quienes, como señalaba, la crisis afecta de manera más importante.

Cuestionamientos por la oferta de carreras supuestamente obsoletas y en contra de las que no resultan “productivas”, como las humanidades, como las ciencias sociales, o como las Bellas Artes.

Lo hemos dicho, una vez más, en nuestra declaración: la educación superior es un bien público, por lo que uno de los retos de nuestras casas de estudios, consiste en lograr que los Estados nacionales, los gobiernos, los poderes públicos establecidos y las estructuras del Estado nacional garanticen los estados de financiamiento, que nos den certidumbre en las universidades y, que nos permitan tener la capacidad de planear el desarrollo y cumplir con los compromisos adquiridos, con nuestros estudiantes y nuestros académicos y con los valores laicos.

La formación de personas íntegras, éticas, con conciencia social y pensamiento abierto y crítico es uno de los principales aportes que pueden hacer las universidades de nuestros países.

Un reto, que a la vez, es una perspectiva de futuro, radica en incrementar sustancialmente las actividades de

investigación, no sólo en el campo científico y tecnológico sino también, y por supuesto, en el de las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

La investigación, en la mayoría de nuestros países, se lleva a efecto principalmente en universidades e instituciones públicas de investigación. Sin éstas, en muchos casos, no habría ciencia y no habría aplicaciones tecnológicas que desarrollar.

Es justamente en el campo de la investigación científica y humanística, donde podemos ver más claramente el papel de las universidades como agentes promotores del cambio social; además, por supuesto, de cumplir con la tarea tradicional de formar buenos y competentes profesionales.

Por medio de la investigación, se realizan importantes aportaciones al sistema económico, al propio sistema de la ciencia, e incluso al sistema político, al tiempo que se enriquecen sustancialmente la vida social y la cultural.

Por otra parte, la vinculación entre universidades y sectores productivos en nuestros países es todavía muy reducida. Es un hecho que las empresas de nuestra región, salvo contadas excepciones, no contemplan entre sus objetivos, ni como parte de su misión, la inversión en investigación y desarrollo.

La cooperación entre las instituciones donde se genera y se transmite el conocimiento, con aquellas entidades que generan producción y trabajo, que poseen el capital suficiente para apoyar a las universidades en este proceso, que es la conversión del saber en una aplicación tecnológica o de servicios, es necesaria para contribuir al desarrollo del país.

Y, por supuesto, no estoy pensando solamente en estos indicadores con los que se nos mide para ordenarlos en estos listados que, de cuando en cuando, y a veces con intenciones comerciales, salen publicados en el mundo, particularmente de habla inglesa. No, no se trata sólo de buscar la elevación de la posición en estos ordenamientos, ni siquiera tampoco la de obtener recursos financieros.

Esta colaboración debe tener como fin apoyar el desarrollo de una tecnología nacional o regional, si es que la podemos realizar entre instituciones en varios de

nuestros países. Un reto de singular relevancia radica en la superación del modelo de universidad que ha predominado en América Latina, centrada preferentemente en la formación de profesionales.

Es clarísimo, que en materia de ciencia y tecnología, ayuda enormemente en la brecha que nos separa de los países desarrollados, en la región, hacer un gran esfuerzo para tener una mayor producción científica, una producción científica de más calidad y, también, para impulsar el desarrollo de esas transferencias del conocimiento en aplicaciones tecnológicas y en el desarrollo de patentes que, en mucho, en nuestra región, es casi, casi inexistente cuando la comparamos con las que se producen en el contexto internacional.

Precisamente la internacionalización de nuestras universidades es una oportunidad y un desafío pero, ante todo, una obligación. Se trata de una oportunidad porque permite aprovechar conocimientos y experiencias de otras instituciones, educadores, investigadores y estudiantes.

Un reto porque es necesario llevar a efecto una serie de acciones de actualización y mejor entorno a planes y programas de estudio, instalaciones, equipo, procesos académico-administrativos pero, también, una obligación en el sentido de que las demandas que se plantean en la educación superior imponen, a nuestras universidades, una actualización constante de la oferta educativa, de nuestras plantas académicas y de los servicios que se ofrecen en nuestras casas de estudio.

Tenemos que hacer un esfuerzo para propiciar la libre circulación del conocimiento y fortalecer los vínculos entre educación, investigación e innovación. América Latina y el Caribe requieren que sus universidades se pongan de acuerdo, que formen redes, que aprovechen los recursos para contribuir mejor al desarrollo de nuestros países. Un buen instrumento puede ser la creación

de eso que muchos hemos imaginado como una gran carretera latinoamericana e iberoamericana, incluso, del conocimiento para que, por ella, transiten estudiantes y académicos.



En lo que se refiere a los retos de la autonomía, y no voy a enfatizar demasiado, otros lo han hecho ayer y el día de hoy, y lo han hecho de mejor manera de lo que podría hacer pero, no puedo dejar de mencionar que, desafortunadamente, todavía hay en nuestra región, en nuestros países, tentaciones que afectan a nuestra autonomía; acciones que lastiman a nuestra autonomía; actos que francamente vulneran la autonomía de las universidades.

Los embates de los poderes político, económico y fácticos o el uso político que se pretende hacer con frecuencia de las universidades y de sus comunidades no son algo que esté en los listados del pasado, es algo que, en algunas latitudes, se sigue viviendo hoy en día.

Y una manera más sutil, menos burda de hacerlo, es este problema al que muchos nos hemos referido, estos dos días, y es el del financiamiento de nuestras instituciones.

Otro asunto que tenemos que ver con enorme cuidado es el que se refiere a la cooperación entre universidad y empresa; es algo que tenemos que explorar

y en lo que tenemos, en mi perspectiva, que avanzar pero hacerlo con todo el cuidado, con toda la delicadeza para no comprometer principios como la libertad de investigación, como la propiedad intelectual, como la libertad de la vida académica de nuestros profesores e investigadores.

Un asunto más que puede representar un desafío para la autonomía universitaria lo constituyen algunas voces que plantean las necesidades del mercado laboral. Hoy en día es sabido que los egresados de nuestras instituciones se enfrentan a un mercado de trabajo cambiante, un mercado poco estable, en el que una persona se encuentra en la necesidad de tener que mudar varias veces de sitio de trabajo para el desempeño de sus actividades laborales.

Los mercados, en este sentido, son hoy mucho más dinámicos de lo que eran hace apenas algunos años. Las universidades, de nuevo, sobre todo las públicas, pero no exclusivamente las públicas, se enfrentan con frecuencia a críticas porque, supuestamente, no preparan a los egresados para el mercado del trabajo prevaleciente; a críticas porque ofrecen una educación donde también, supuestamente, no se enseña lo que el profesional requerirá para su vida laboral entera.

Por supuesto que las universidades deben proporcionar a sus alumnos habilidades y capacidades para desarrollar la profesión que ellos seleccionaron pero, debemos tener claro, y decirlo, por lo menos es mi opinión, que la universidad no tiene como labor primordial la de capacitar a los alumnos para la vida laboral.

La universidad debe proporcionar una educación integral, amplia, que contribuya a crear capacidades profesionales, sí, pero también valores, conciencia social, espíritu crítico. Nuestra misión es formar seres humanos completos, ciudadanos íntegros, no somos instituciones meramente capacitadoras de empleados y trabajadores.

La función de las universidades que son, por cierto, instituciones muy estables en la historia, trasciende a los mercados laborales que son, como ya indiqué, cambiantes. Por ello, los egresados universitarios deben tener, en

todo caso, capacidades para dinamizar a las sociedades, y esto incluye a los mercados existentes e, incluso, a la creación de otros diferentes.

Algo que está presente en el espíritu de las discusiones que tuvimos y que, creo es también una amenaza para nuestras autonomías, sobre todo las de orden académico, es esta tendencia a considerar a la educación como una mercancía; a pretender que la educación superior se puede regular por las leyes del mercado; a querer y creer que ahí está la solución de muchos de nuestros problemas.

A manera de conclusiones, a mí me gustaría proponer varias de las que simplemente coincido con las que aquí se ha señalado y tiene que ver con el hecho, primero, que la autonomía es hoy en día una condición y característica fundamental para el trabajo pleno de nuestras casas de estudio.

Se trata de algo que es inherente a la libertad que se puede dar en las universidades y algo por lo que tendremos que seguir planteando y argumentando en favor de nuestra autonomía. En su defensa, debemos ser absolutamente intransigentes y seguir reiterando que la autonomía no puede ser vulnerada por poderes o sectores de ninguna naturaleza, que la autonomía no es, en ningún sentido, negociable.

Debemos fortalecer, por otra parte, el papel de conciencia crítica de la sociedad que le corresponde a las universidades, desde la autonomía nuestras instituciones han ofrecido a la sociedad, a sus gobiernos, a sus entidades y deberán seguirlo haciendo, conocimientos científicos, sí, profesionales debidamente formados, sí, pero también cuestionamientos informados y sustentados, al igual que propuestas de solución a los problemas que padece nuestra población.

La autonomía nunca, racionalmente al menos, ha implicado, una separación entre las universidades y sus entornos sociales, al contrario, ha sido una forma de garantizar la presencia y el compromiso de las universidades con la sociedad y de evitar injerencias indebidas en los procesos de creación y transmisión del conocimiento.

En América Latina debemos afianzar nuestra conciencia de que somos una comunidad de naciones hermanadas por la cultura, el idioma, la historia y la tradición común pero, también, hermanada por problemas de injusticias compartidas.

Tenemos que ver más, mucho más, al seno de nuestras propias experiencias, tomar ejemplo de otras naciones, impulsar procesos que respondan a nuestras necesidades y posibilidades, por ejemplo, promover, decía, la libre circulación del conocimiento, fortalecer los vínculos entre educación, investigación e innovación, ser más enérgicos para favorecer los programas de movilidad de académicos y de alumnos, desarrollar sistemas de acreditación, que nos permitan reconocer el valor de nuestros planes de estudio y elevar la calidad de los mismos con estándares adecuados a nuestra realidad.

Quiero, en este marco, también hacer un llamado de atención a lo que considero lugares comunes, en los que caemos con frecuencia y que tienen riesgo detrás de esos señalamientos. Me refería a esta lucha, con la que uno no puede estar, de entrada, en contra, de mejorar la calidad, de buscar la excelencia y de promover la evaluación.

A todo ello hay que decir que sí, pero, con la precaución de entender con claridad qué queremos significar, cuál es la traducción de todos y cada uno de esos vocablos y qué no, en aras de los mismos, cedamos o claudiquemos en algunos de los principios universitarios fundamentales.

Sí, sí a la sociedad del conocimiento, pero sí dentro de la realidad de lo que tenemos y de lo que vivimos. ¿Es posible, de verdad, pretender ser parte de la sociedad del conocimiento con los niveles de rezago educativo, con los bajos niveles de cobertura en educación superior, con los paupérrimos presupuestos que se destinan a la investigación en nuestros países?

La respuesta la tenemos que dar entre todos, porque de otra manera nos enganchamos simplemente con los vocablos, con las terminologías y no con las realidades.

Las universidades constituyen un poderoso instrumento para la construcción de un mejor futuro para nuestras sociedades, las posibilidades que nos brinda el mundo actual tecnologías y sus avances científicos, con las facilidades para la comunicación en tiempo real son verdaderamente extraordinarias y están a nuestro alcance.

Debemos aprovechar esa oportunidad y avanzar en la idea de la integración de Latinoamérica y el Caribe, una integración, al menos, desde el conocimiento y la cultura, desde la educación superior.

Reitero mi felicitación por la organización de este foro sobre la autonomía universitaria ya que, a pesar de que el término siempre está presente en el ámbito universitario, en el nombre de algunas de nuestras instituciones y en el ejercicio de las funciones universitarias, muchas veces se da por hecho.

Afortunadamente el concepto ha evolucionado y tiene que seguir haciéndolo. Atrás quedó el tiempo en el que la autonomía era primordialmente un mecanismo de defensa. No vamos a bajar la guardia pero, ahora también, es un concepto que permite a nuestras casas de estudios, mantenernos, sí, ajenos a la injerencia de grupos distantes del sentido universitario pero, sobre todo, entendida como un mecanismo dinámico que permite a las instituciones mantener viva su presencia en la sociedad.

Estoy seguro de que las discusiones que hemos mantenido, que se han mantenido aquí, que los argumentos que se han dado a lo largo de estos días, que la declaración que hemos construido como conclusión de los acuerdos, de las discusiones, de las presentaciones forman parte ya de la rica historia de la defensa y la construcción de la autonomía de la universidad latinoamericana.

Por su atención, muchas gracias.

* Conferencia del Rector José Narro Robles en el homenaje a Rafael Cordera Campos, realizado en el paraninfo "Enrique Díaz de León", de la Universidad de Guadalajara en Guadalajara, Jalisco, México el viernes 20 de mayo de 2011.